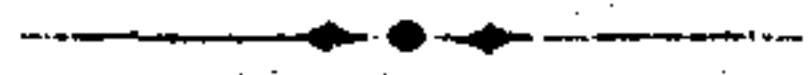


IPANDRO ACAICO



ADIE menos á propósito que yo para hablar de un eminente literato, como lo es sin duda Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, árcade mexicano, cuya fama y nombre radia andan, desde mucho tiempo ha, en boca de las gentes cultas. Comprendo que semejante tarea es superior á mis facultades, y bien quisiera, excusándome, dejar esa honra para escritores de mayor aliento.

Ipandro Acáico, célebre ya en Europa, ha tenido comentadores y panegiristas ilustres, tan ilustres como Don Marcelino Menéndez Pelayo; y yo no debo ni quiero invadir el terreno de la crítica, sino concretarme al elogio, único de que puedo servirme al tratar de un escritor tan justamente celebrado y aplaudido.

Ingenios tan preclaros como el del Sr. Montes de Oca no están al alcance de las inteligencias vulgares; y aunque así fuera, yo no me atrevería jamás á juzgar al egregio *bucoliasta* mexicano, que tan magistralmente ha cantado en nuestra lengua las divinas Eglogas del altísimo poeta de Mantua, y que ha sabido cincelar en estrofas magníficas los idilios de Bion de Esmirna y las concepciones de Mosco, el cisne de Siracusa. Yo no me atrevería, repito, á comentar, siquiera sea con elogio, las producciones del Sr. Montes de Oca; que para tal empresa no bastan admiración y buen deseo. quede la crítica severa para los que "sabea libros;" busquen otros la idea lógica al través del prisma brillante; entréguese al análisis los que razonan más que sienten, que yo me limitaré á loar la musa de Ipandro Acáico, esa vírgen griega que nunca se corona de mirto, pero que canta dulcemente las impresiones del amor ageno.

Apuntar aquí algunos rasgos biográficos del Sr. Montes de Oca, sería incurrir en repeticiones inútiles. Todo el mundo sabe que pasó su infancia en un seminario de Inglaterra y que muy joven aún, á los 22 años, recibió las sagradas órdenes. Nadie ignora que es también orador de fácil palabra y dicción pura. Cuando Ipandro Acáico habla en los templos cristianos, su voz resuena como un toque de amor para las almas piadosas. Sus discursos son verdaderas joyas de estilo y de elocuencia.

Gentes ilusas ó de mala fe, le niegan, sin embargo, el título de poeta, ese modesto título á que aspiran muchos sabios, no obstante que en la época actual es casi un estigma. "Ipandro Acaico no es poeta [dicen esas pobres gentes] porque no canta el amor, porque no refleja los sentimientos ni las costumbres de la sociedad en que vive....." ¿Y cómo ha de reflejarlos, él, sacerdote cristiano, sujeto á las doctrinas de la Iglesia?..... ¿Es posible que celebre á Venus Afrodita, el varón justo que se consagra á una religión austera?..... Los que tal pretenden, son unos ilusos..... Atar las alas á un pájaro y pedirle que cante, es un despropósito; más aún, una crueldad.